

# **Tranquilos, no hay viejas en la costa**

Sebastián Pedrozo

loqueleg

**Donde se cuenta un episodio muy divertido pero peligroso a la vez, así que no es para andar haciendo chistes, pero un poco se pueden reír**

Se terminaban las clases. Y yo quería decir las palabras para despedir a los de sexto, o sea, despedirme de mí. Decirles adiós bien alto a los vecinos, a Armando, el carnicero, a los padres de la Comisión, a la señora que vende golosinas en la puerta de entrada —y que jamás me regaló ni un mísero caramelo en todos estos años—, a la cocinera y sus fideos con tuco, a la directora y sus chalequitos espantosos de lana, a todas mis maestras ¡a todo el mundo!

Se terminaba la escuela para mí, bueno, para todos los de mi clase. ¿Ustedes saben qué importante es ese sitio para una niña que pronto será una persona adulta y luego un ser humano?

Porque yo soy de hablar muy bien en público, que lo sepan, y un día hasta capaz que escribo un libro divertido sobre mis aventuras en el barrio, pero por ahora no, porque está muy quemado el tema. Y yo soy muy original.

Hablo todo el rato, sin errores, aunque a veces tartamudeo un poco cuando le rompo los vidrios a un vecino con la pelota de básquet y me quiero disculpar y me corren por la calle con las tijeras de podar; pero esos son accidentes que le pasan a cualquiera. Y si nadie me pone nerviosa, como esta nena que está al lado mío que no deja de moverse, yo sé recitar poemas larguísimos y aburridos sin trabarme. Pero no, ah no, no, la vida es injusta, porque hay cosas terribles en este mundo, como las Eliminatorias del Mundial que duran años y una se pone nerviosa, y las maestras, que son lo más injusto que se ha inventado en el universo y la mayoría de los planetas.

¡Yo quería dar el discurso en el acto final!

—¡Vos hablás todo el día, Jimena! —había dicho mi maestra.

Eligieron a Rulo, que no sabe ni el nombre de la calle donde vive y se pierde hasta en la propia escuela y después hay que armar una comisión de alumnos para ir a buscarlo. ¡Me cacho en diez! Es verdad que es muy bueno con todos, ya se sabe. Pero él ni siquiera levantó la mano para participar. Estaba mirando al techo, preguntando la hora, porque quería comer algo en el recreo. Además, seguro que se olvida de todo, el abombado.

Volvamos al día del acto. La directora, con su chalequito marrón y ese gancho siniestro que se ponen para dejarlo cerrado, avanzó directo a una mesa en la que había un mantel de hule, una planta violeta y un

canasto precioso que habíamos comprado nosotros, con llaveros para regalar. Entonces la gente que estaba detrás de la mesa esperando el inicio se abrió, quedó un hueco, un pasadizo del tamaño de una persona: había llegado la inspectora.

¡El terror!

La directora, pálida como la túnica, retrocedió, se llevó la mano al prendedor y lo tocó nerviosamente. Luego giró y caminó hacia nosotros, los alumnos de sexto. Tenía la vista perdida. Boqueaba, miraba al cielo, casi que caminaba como una persona enferma o borracha. Nuestra maestra se acercó a ella y le estiró un brazo salvador. La directora, en el acto, se aferró a ella como si fuese un náufrago moribundo (es buena esa).

—¡Ay, Dios mío! —dijo la directora.

—¿Qué pasa, qué pasa? ¿Se siente mal, directora? Yo le dije que no comiera otra medialuna...

—Pero no, ¿qué dice? Etelvina, está la inspectora.

—No se preocupe, va a salir todo bien —dijo mi maestra, que era injusta, a veces, pero buena con la gente cuando está a punto de caerse desmayada en un acto—. ¿Verdad, chicos, que va a estar todo bien?

—¡Sííí!

Todos mis compañeros asintieron como robots.

Yo la miré con cara de «bueno, está bien, no te voy a complicar la vida porque me dejaste afuera del festejo». Porque ya me conocen: no se trata de andar haciendo maldades, simplemente soy apasionada. La

directora se fue un poco más tranquila hacia la mesa, donde ya estaba la inspectora con cara de «si veo un mínimo error, los extermino a todos».

Entonces, la directora y la inspectora se saludaron solemnemente y alguien arrimó una silla para la directora. Parecía una de esas imágenes de convenciones políticas. Todo muy serio.

Rulo tenía un papel todo engrasado, con un pedazo de algo que parecía una torta frita.

10

—¿Rulo?

—¿Qué? —dijo sin dejar de mirar a la cocinera de la escuela, que estaba apoyada en la puerta del comedor.

—Decime una cosa, ¿ese papel es tu discurso? —quise saber.

—Obvio, ¿qué pensabas? —respondió.

—Que era una servilleta —dije.

—También es una servilleta.

—¡Qué asco! —exclamé.

—¿Mi discurso? ¡Si no lo dije todavía y no se lo dejé leer a nadie! Seguro que mi abuela te lo dejó leer porque le robé unos buñuelos, así no vale.

Rulo es así. Vive en un mundo repleto de papas fritas y milanesas, todo bañado en aceite hirviendo, mientras que en la Tierra suceden cosas espeluznantes y peligrosas, como el calentamiento global o una directora a punto de desmayarse y una inspectora que nos la tiene jurada a todos. Pero, claro, ¿qué le voy a contar a mi amigo si solo piensa en que todo esto termine

para irse al patio a seguir comiendo y bailar su música de salsa?

En eso, la maestra de jardinera tomó la palabra. El acto comenzó, hubo bailes, canciones y más bailes. Los niños, sudados como puercos, mostraban su mejor cara frente a sus maestras y familias. No faltó el nene que se rebeló y no quiso bailar. Ni la nena que se largó a llorar como loca en plena coreografía.

Cosas de escuela.

Todo transcurría con normalidad. La gente rodeaba un escenario en medio del patio y se apretaba cada vez más para sacarle fotos al que estaba vestido de gaucho, marciano, jugador rubio de la selección, canchero o bailarín de reggaetón, ¡un éxito!

11

Insisto, el patio estaba lleno de gente y todos transpirábamos en aquel lugar, con su piso de cemento a punto de derretirnos los zapatos. Qué calor hacía, me cacho en diez.

De pronto, entre la multitud, veo las cabezas de mis padres asomar tímidamente. Yo les había pedido que no hicieran papelones, que fueran tranquilos, sin andar armando relajo para sacarme fotos ahí, con mis compañeros.

Yo sabía que mi madre tenía escondida una cámara que se había comprado por Internet. Una de esas que se ven de todos lados, porque tienen un zoom de película. Sin embargo, nada. Allí estaban, con cara de cansados, o de preocupados. Eso me puso nerviosa, la

verdad, porque no era común verlos así, tan quietitos. Siempre se emocionaban cuando había acto o una fiesta en la escuela, se movían por todo el patio, charlaban con la gente, emocionados.

12 Ahora no había nada de eso. Era distinto. Y se me dio por pensar que, de pronto, estaban decepcionados por que yo no diría el discurso de despedida. ¿Sería eso? Dudé. Capaz que sí, aunque ellos siempre decían que no tenía que preocuparme por esas cosas ni por ser la abanderada o la mejor alumna. Mi padre hablaba en serio cuando, un día, mientras hacía un asado en casa con el tío Rodolfo, dijo que lo más importante era ser buena persona, que lo pondría muy triste si un día yo hacía algo de mala gente. Vaya a saber qué es hacer algo de mala gente, pero por la dudas yo ni lo intento, porque no me gustaría defraudarlo.

La cuestión es que la dire y la inspectora estaban sentadas, mirando el acto con mucha atención, cuando vi que una chispa insistente brotaba del cable del micrófono. Enseguida le avisé a mi maestra.

—¡Hacé silencio, Jimena! ¡Por favor!

—Pero, pero, pero...

—Shhh... —ordenó.

El chisperío iba creciendo y nadie parecía verlo. Los niños de primero bailaban con sus disfraces y todos batían palmas. Era una fiesta. Yo no sacaba la vista del cable pelado y los fuegos artificiales crecían a medida que transcurría la canción. ¡Qué peligro!

La canción terminó. Más aplausos y fotos. Como por arte de magia, las chispas desaparecieron. Eso no me dejó tranquila. Sabía que el problema seguía intacto y se lo dije a Rulo, que se estaba preparando para salir a escena.

—¡Ojo con el cable del micrófono! —dije.

—¿Qué tiene?

—Está pelado, hace cortocircuito ¿no ves?

—Yo no veo nada. Cortocircuito va a hacer cuando yo diga mis frases magníficas y me ponga a bailar.

—Vos no tenés que bailar, Rulo.

—Ah, esa es la sorpresa. Va a ser un discurso bailado y cantado.

—¡Por favor!

—Te juro.

—Te estoy hablando en serio, nene.

—Mirá, Jimena, yo entiendo que vos estés mal porque no te hayan elegido para hablar, pero deberías ponerte contenta por que sea yo quien esté ahí. Porque yo siempre te banqué todo, eh.

—No puedo creerlo.

En eso, la maestra de ceremonia lo nombró. Era el momento de la despedida de sexto grado.

—Creelo. Hoy la estrella soy yo —soltó y salió disparado hacia el centro del patio.

Rulo se paró frente a todos. Allí era el centro del universo. Bueno, de nuestro universo. Se nos iba la escuela, todo cambiaría para nosotros. Y nuestro

representante era un sujeto que tenía comida en los bolsillos de la túnica.

Las chispas volvieron. Otra vez parecía que solo yo las veía.

Rulo tomó el micrófono y sonrió. Yo estaba decidida a actuar. No iba a dejar que mi amigo sufriera un choque eléctrico, allí, frente a las cámaras. Cuando iba a dar un paso adelante para intervenir, sucedió lo impensable.

14 La inspectora, con serias dificultades, ya que estaba rodeada de mucha gente, se puso de pie y caminó hasta donde estaba Rulo, con la intención de arrebatarse el micrófono.

En ese momento, el cable ya parecía un volcán en erupción de chispas.

Yo tenía que hacer algo, no podía permitir que mi amigo recibiera una violenta descarga.